

Conversaciones con Ian McEwan

Edición de Ryan Roberts

Traducción de María Antonia de Miquel

Título original: *Conversations with Ian McEwan*

Published by agreement with University Press of Mississippi,
3825 Ridgewood Road, Jackson, MS 39211

www.upress.state.ms.us

Copyright © 2010 by University Press of Mississippi

Entrevista de Vanessa Guignery. *Études britanniques contemporaines* 55
(diciembre, 2018)

© by Vanessa Guignery

© de la traducción: María Antonia de Miquel

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2019

Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: febrero de 2019

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Getty Images. Ian McEwan,

Vi Laser Sweden, 26 de julio 2015

© Jenny Lewis

ISBN: 978-84-17109-61-5

Depósito legal: B-925-2019

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

CONVERSACIONES CON IAN MCEWAN

INTRODUCCIÓN

En mayo de 2008, Ian McEwan y Steven Pinker mantuvieron una charla en público en el marco del Festival Voces del Mundo del PEN American Center. Su conversación giró en torno a la comunicación, la psicología evolucionista y cómo, en palabras de Pinker, «si uno repasa la transcripción de una conversación, es evidente la poca comunicación de datos que se produce . En gran parte se compone de insinuaciones y eufemismos, y contamos con que nuestro interlocutor rellenará los huecos». En un diálogo, el contexto es importante, lo mismo que los matices de la expresión y el tono, y el proceso de trasladar los intercambios verbales a la página original, indudablemente, leves pérdidas de significado o de intencionalidad. McEwan es muy consciente de este hecho, y su implicación en las conversaciones reunidas en el presente volumen revela hasta qué punto le interesan la especificidad del lenguaje y la exactitud del sentido. Las conversaciones son muy reveladoras, pero, lo que aún es más importante, documentan un diálogo permanente entre el autor, sus obras y sus lectores. A través de esta serie de apasionantes y francos debates, McEwan ofrece una visión única de su proceso de escritura y proporciona acceso a las múltiples facetas de su persona como autor famoso, erudito, padre y escritor.

A principios de la década de 1970, Ian McEwan irrumpió de forma sonada en el ruedo literario con dos recopilaciones de cuentos (*Primer amor, últimos ritos* y *Entre las sábanas*) que buceaban en las zonas oscuras y la complejidad del ser humano. Los críticos y reseñistas se apresuraron a señalar lo macabros que eran sus temas de muerte e incesto y el aislamiento de muchos de sus personajes. A estas obras les siguieron rápidamente dos novelas cortas (*Jardín de cemento* y *El placer del viajero*), cuyos temas acabaron de apuntalar la reputación de McEwan en la prensa como escritor de calidad, con una predilección por las tramas polémicas y perturbadoras. En 1989, cuando la profesora Rosa González Casademont le preguntó a McEwan si su temprana reputación había afectado de forma negativa al resto de su obra, McEwan asintió, diciendo: «Sí, me ha supuesto una dificultad, debido a que determinados periódicos se empeñan en dar un cariz sensacionalista a lo que hago y en retratarme como una especie de psicópata literario. Una vez fijado este conjunto de expectativas respecto a mi obra, la gente la lee de ese modo». Sus obras siguieron vendiéndose bien y se había convertido en una floreciente promesa cuando, en 1983, la revista *Granta* y el Book Marketing Council lo incluyeron entre los «Veinte mejores jóvenes novelistas británicos», junto con contemporáneos suyos como Martin Amis, Salman Rushdie, Pat Barker, William Boyd, Kazuo Ishiguro y Julian Barnes.

A principios de los ochenta, McEwan sintió la necesidad de romper con el mundo claustrofóbico de sus obras anteriores e hizo una larga pausa por lo que respecta a la novela. Durante este periodo escribió *Or Shall We Die?*, un oratorio acerca del peligro de la guerra nuclear, y *The Ploughman's Lunch* [cuyo título español se convirtió en *El reportero sin escrúpulos*], una película que dirigió Richard Eyre. Estas experiencias contribuyeron a modificar la postura de

McEwan hacia la creación novelística y a trasladar sus temas a un terreno más extenso. Tal como explica en su entrevista con *Études britanniques contemporaines*, «El placer del viajero se asomaba a un mundo algo más ancho, y cuando hube escrito un oratorio acerca del peligro de guerra nuclear y comencé *Niños en el tiempo*, pensé que podría encontrar alguna forma de acercar esos tempranos retablos de gran intensidad psicológica a una realidad más amplia».

Con la publicación de *Niños en el tiempo* (1987), McEwan inició un fértil periodo de escritura que le reportaría diversos éxitos de crítica y público, entre ellos *El inocente* (1990), *Los perros negros* (1992), *Amor perdurable* (1997) y *Ámsterdam* (1998), que obtendría el Premio Booker. A lo largo de los años noventa, su reputación y su fama fueron en aumento y, con la llegada del nuevo milenio, siguieron expandiéndose con una serie de *best sellers* aclamados por la crítica, entre los que cabe destacar *Expiación* (2001), *Sábado* (2005), *Chesil Beach* (2007), *Solar* (2010), *Operación dulce* (2012), *La ley del menor* (2014) y *Cáscara de nuez* (2016). Como consecuencia de su enorme éxito comercial y de su demostrada capacidad para escribir sobre asuntos de interés para la sociedad contemporánea, McEwan se ha visto a menudo sometido al escrutinio público. Ha tratado un amplio abanico de experiencias humanas, entre ellas los efectos de la pérdida de un hijo, el fervor religioso, la obsesión psicológica, las relaciones personales en toda su complejidad, la eutanasia, y la felicidad en un mundo moderno empeñado en el conflicto y la destrucción. Si a McEwan se le tachaba de ser un escritor de temas macabros, en la actualidad suele considerársele el escritor vivo más importante de Inglaterra.

Cuando me puse a trabajar en la selección de artículos para un volumen de la serie «Conversaciones Literarias de la Universidad de Misisipi», enseguida reparé en los dife-

rentes niveles de conversación que brinda un escritor de la talla de McEwan. Esta recopilación evita las típicas semblanzas promocionales y las entrevistas a las que se someten los escritores cuando hacen giras por diversas ciudades para publicitar una nueva obra. La popularidad de McEwan es garantía de que existen numerosas publicaciones de este tipo; tantas, de hecho, que él mismo llega a admitirlo en la entrevista con el editor de este volumen: «Hago muchos esfuerzos por evitar entrevistas, y aun así acabo concediendo muchísimas. Probablemente rechazo cinco o diez veces más de las que concedo». A pesar de esta afirmación, McEwan se ha prestado a menudo a intercambios más largos y personales, y éstas son las piezas que forman el núcleo de la presente recopilación. Incluye entrevistas con académicos ingleses, franceses y españoles, conversaciones con el artista Antony Gormley y el psicólogo Steven Pinker, y debates con sus colegas escritores Ian Hamilton, Christopher Ricks, David Remnick, Zadie Smith y Martin Amis.

Las entrevistas recogidas en este volumen le brindan a McEwan numerosas ocasiones de explicarse y de clarificar los temas esenciales de su escritura, y, en conjunto, proporcionan a los lectores una oportunidad única para comprender la complejidad de sus obras. McEwan aborda cada una de sus novelas con profunda reflexión y perspicacia y se muestra especialmente comunicativo acerca del impulso creador que desencadena sus narraciones. «Buscaba situaciones extremas, narradores trastornados, obscenidad y conmoción, e insertaba estos elementos dentro de una prosa cuidada o precisa», le dice a Adam Begley refiriéndose a sus primeros relatos. Luego procede a contarle a Begley cómo se originó *Amor perdurable*, «a base de escenas y bosquejos hechos al azar, a tientas», y cómo un primer borrador de *Expiación* contenía información biográfica

sobre el personaje de Briony Tallis, la escritora cuya voz narrativa convenció al autor de que «por fin había empezado una novela». McEwan también brinda información detallada acerca de sus otras obras, incluyendo su guión de *El reportero sin escrúpulos* (1985), sus cuentos para niños, el oratorio *Or Shall We Die?* (1983) y el libreto operístico *For You* (2008).

El acto creativo ocupa un lugar destacado en estas entrevistas, en las que McEwan analiza la naturaleza íntima del proceso de escritura. En su conversación con David Lynn, McEwan afirma: «Escribo para saber adónde voy». Y se expresa sobre este asunto cuando dice: «Considero que la escritura, la propia sustancia física de la escritura, es un acto de la imaginación. Y los mejores días, las mejores mañanas son aquellas en que alumbrar una frase es capaz de darte una sorpresa». Igualmente, le confiesa a Begley que la escritura es «un proceso que es imposible controlar del todo, y tampoco quiero hacerlo». Y le explica: «Escribir en ordenador es más íntimo, se parece más a pensar. Si volvemos la vista atrás, la máquina de escribir parece un burdo obstáculo mecánico». Su visión del acto físico de la escritura y la creación de textos lleva a Zadie Smith a concluir que McEwan «más bien es un artesano, siempre dedicado a trabajar afanosamente; puliendo, mejorando, comprometido e interesado en cada paso del proceso, como un científico que prepara un experimento de laboratorio».

Al tiempo que McEwan considera que escribir es «un asunto privado, obsesivo», es muy consciente del papel que a veces desempeñan los escritores en la sociedad. La entrevista de 2007 que se realizó especialmente para esta recopilación presta especial atención a este aspecto. Cuando se le pregunta acerca de conceder entrevistas, McEwan responde con exquisita honestidad: «Las considero más como un deber, parte de mis compromisos profesionales». Asi-

mismo, revela que es consciente de los peligros que entraña este compromiso, al admitir que «cuando dices algo en público nada es definitivo. Lo más probable es que te citen incorrectamente y luego te ataquen por algo que nunca dijiste». A veces, McEwan ha tenido que lidiar con la dificultad que supone encontrar un equilibrio, y sugiere que «los escritores deben tener cuidado de no verse envueltos en una cultura de famosos-opinantes que tienen una opinión sobre cada cosa. Sin embargo, por otro lado, es importante levantar la voz cuando determinados asuntos públicos se cruzan con lo que te preocupa».

Las conversaciones que han sido seleccionadas para este volumen ponen de manifiesto varios temas comunes, entre ellos las relaciones entre hombres y mujeres, la noción de tiempo y espacio, la verdad, la sexualidad, el terror, la parte oscura de la naturaleza humana, la religión y la ciencia, la historia y las relaciones entre la escritura y la vida. Las entrevistas se publicaron originalmente en diversos lugares (Gran Bretaña, Estados Unidos, Canadá, Francia y España), y, con el añadido de una nueva entrevista realizada por Vanessa Guignery en 2018, éstas abarcan cuarenta años, de 1978 a 2018, ofreciendo así un panorama completo de las diversas fases de la trayectoria de McEwan. En su conjunto, estas entrevistas recorren la totalidad de las obras del autor y profundizan en su interés por la música, el cine, el teatro, los cuentos para niños, la gestión de su celebridad, la política, la ciencia y, en especial, por la biología evolucionista y los asuntos medioambientales.

Como editor, he seleccionado las entrevistas más significativas, perspicaces, cultas y de mayor alcance, y he procurado ofrecer una mezcla equilibrada entre las que son menos accesibles y aquellas que se citan más a menudo en los estudios literarios. Dentro de lo posible, he intentado evitar repeticiones, aunque en algunos casos el material

que cubren pueda solaparse. Todas ellas conservan su formato original, y han sido sometidas únicamente a cambios editoriales menores para aumentar su claridad o conseguir una presentación uniforme. Se publican en el orden en que fueron realizadas, de 1978 a 2018. Originalmente, todas aparecieron en diversas publicaciones y formatos, incluyendo libros, revistas literarias, semanarios y grabaciones de audio.

Cuatro de ellas sólo estaban disponibles anteriormente en formato de audio, por lo que constituyen un material exclusivo para los estudiosos de la obra del autor. La conversación entre McEwan y Martin Amis de 1987 para el Institute of Contemporary Authors ilumina aspectos desconocidos de sus opiniones acerca de la aniquilación nuclear, mientras que su conversación con David Remnick pone de manifiesto la consideración y el sentido del humor de McEwan. La penúltima entrevista aborda diversos asuntos de interés que no son tratados en ninguna otra, como las opiniones de McEwan sobre las políticas medioambientales, los planes para sus archivos y sus opiniones acerca de la entrevista como género. La entrevista de Vanessa Guignery combina dos de sus conversaciones con McEwan mantenidas en mayo de 2018. Parte de la entrevista se centra en una de las obras más influyentes del escritor, *Expiación*, mientras que el resto cubre varias de las obras que McEwan ha publicado desde que esta recopilación se editase en inglés por primera vez en 2010. Cada una de estas grabaciones de audio ha sido transcrita y editada conjuntamente con Ian McEwan para garantizar la claridad y la precisión del lenguaje. Confío en que los lectores y estudiosos las considerarán particularmente valiosas. No sólo ofrecen aspectos desconocidos de la obra de McEwan, sino que brindan una visión de su personalidad literaria y de su evolución como escritor. Las entrevistas del presente vo-

lumen revelan cómo McEwan explora, articula y refina continuamente sus opiniones sobre escritura, ciencia, relaciones, política y humanidad.

Este libro no hubiese sido posible sin la contribución de todas aquellas personas que han entrevistado a Ian McEwan, y les doy las gracias a todas ellas por facilitar la reproducción de estas conversaciones. Quisiera agradecer a mi mejor amiga y esposa Tricia su constante apoyo en este y otros muchos proyectos. Un agradecimiento especial también para Vanessa Guignery por su apoyo y amistad, y al Lincoln Land Community College por contribuir a costear mis gastos de viaje a Londres para que pudiese entrevistar a McEwan para la edición original. Estoy en deuda con Ian McEwan por su amable interés en esta recopilación, sus sugerencias de antiguas entrevistas que valían la pena, su incansable trabajo editando transcripciones de audio y su paciencia en someterse a tantas conversaciones. Valoro enormemente su amistad constante y generosa.

RYAN ROBERTS

PUNTOS DE PARTIDA

IAN HAMILTON

The New Review 5.2 (otoño, 1978)

Ian Hamilton: Ha publicado usted dos volúmenes de cuentos y acaba de aparecer su primera novela, *Jardín de cemento*. Más adelante le preguntaré acerca de todo ello, pero primero tal vez podríamos hablar acerca de sus orígenes, como se suele decir...

Ian McEwan: Bueno, supongo que mis raíces se encuentran en el ejército. Nací en Aldershot en 1948 y pasé mis primeros años en unas viviendas prefabricadas para militares casados. Mi padre era un sargento mayor escocés. Se había alistado en el ejército en 1932 como soldado regular, simplemente porque en Glasgow había mucho paro. Mi madre era una chica del lugar que había perdido a su primer marido en la guerra, de modo que tengo un hermanastro y una hermanastra. Ella había atravesado momentos de pobreza extrema, en especial tras la muerte de su primer marido. En 1947, la vida era tremendamente difícil para una viuda con dos hijos. Cuando se casó con mi padre rondaba los treinta años; él tenía veintinueve.

Hamilton: ¿Cómo eran ellos dos? ¿Tenían caracteres similares?

McEwan: No, en absoluto. Mi padre era, y aún es, un hombre fornido, apuesto, con bigote militar. Y es, como su madre, muy dominante. Mi madre, aunque ya de niña se hizo cargo de su familia, con muchas hermanas, y también pasó por esa época difícil en la veintena, era —y sigue siéndolo— una mujer muy dulce, a quien no era difícil someter.

Hamilton: Supongo que, aunque tenía usted un hermanastro y una hermanastra, sin duda se consideraba hijo único.

McEwan: En cierto modo, sí. De entrada, ellos eran mucho mayores que yo. Y, en cualquier caso, mi hermanastro vivía con su abuela —que era una especie de ogro—, quien se ofreció a cuidar de uno de los niños tras la muerte del primer marido de mi madre. Así que él creció en una vivienda de protección oficial llena de objetos brillantes e inquietantes: perros de porcelana y un enorme y pulido gramófono.

Hamilton: Unas comodidades poco envidiables. Así que desde el principio la familia estaba separada.

McEwan: Sí, y aún más cuando mi padre fue destinado a Singapur. Yo tenía tres o cuatro años por aquel entonces. Mi hermanastro se quedó en Inglaterra.

Hamilton: ¿Qué recuerdos conserva usted de su padre en aquellos primeros años? Dijo antes que era dominante.

McEwan: Bueno, al principio era como un extraño para mí. Pasaba toda la semana fuera trabajando y sólo regresaba los fines de semana. Sus modales eran bastante bruscos, aunque en realidad es un hombre muy afectuoso. Le cuesta manifestar sus sentimientos. Cuando era niño, me causaba verdadero terror. Uno de mis primeros recuerdos es ver su silueta a través de la ventana de nuestra vivienda, bajo la lluvia, empujando su bicicleta; en cuanto lo vi, corrí a esconderme detrás del sofá y le grité a mi madre

que lo echase. Lo consideraba un intruso en la relación que mantenía con mi madre, tan intensa y placentera.

Hamilton: Se trasladaron a Singapur cuando usted tenía tres años. ¿Qué recuerda de esa época?

McEwan: No demasiado. Imagino que era igual que muchos de los destacamentos militares en el extranjero. Son como cualquiera de los barrios de protección oficial que hay por toda Inglaterra. La sensación de encontrarse en el extranjero se limita a cosas como el sol y contar con dos o tres personas de servicio. Tuve una niñera, lo que considero uno de mis mayores logros. Ella tenía diecisiete años y era muy guapa. Solía dormir en mi cama o, para ser precisos, al pie de ella. Me enseñó chino, lengua que me gusta creer que podría recuperar si me sometiese a una intensa sesión de hipnoterapia.

Hamilton: ¿Cuánto tiempo estuvo allí?

McEwan: Oh, más o menos hasta los seis años. Después de eso, vivimos en diversos destinos en Inglaterra. Para cuando cumplí ocho años, mi padre había ascendido y ya era oficial.

Hamilton: ¿Alguna vez albergó esperanzas de que acabase usted vistiendo uniforme?

McEwan: Quizá, pero diría que desde el principio mi padre supo que no era algo que me atrajese. Sin duda habría estado encantado si yo hubiese mostrado algún interés, pero no lo hice. Y, de todos modos, le preocupaba que yo recibiese una buena educación. A los catorce años, él había conseguido una beca para continuar sus estudios en una escuela privada, pero no pudo asistir porque su familia no podía costear el uniforme.

Hamilton: De manera que le mandó a usted a un internado.

McEwan: Bueno, sí, pero eso fue más tarde, cuando yo tenía ya doce años. Entremedio pasamos una tempora-

da en África. Esa etapa de la niñez previa a la adolescencia fue una época muy feliz para mí. Tenía buenos amigos y solía hacer muchas cosas con mi padre, cosas físicas. Hacíamos vida al aire libre, estábamos todo el día corriendo por ahí, nadando, explorando la costa y el desierto. Si lo comparo con los años que vinieron luego, digamos entre los trece y los diecisiete, fue pura felicidad. Leía mucho, sin parar. Durante una breve temporada, mi madre trabajó en la librería de la YMCA y solía traerme libros. Leía a Jennings y Enid Blyton. No llegué a leer ninguno de los libros que las personas que conocí más adelante habían leído —C. S. Lewis y Winnie the Pooh o *El hobbit*—, me perdí las lecturas habituales de la clase media inglesa. Leía de manera indiscriminada y con gran placer: Biggles, Gimlet,¹ todos los cómics, y Billy Bunter.²

Hamilton: Entonces, ¿usted ya se había hecho una idea de lo que supondría que le enviaran a un internado en Inglaterra?

McEwan: Sí, estaba bastante emocionado. Recuerdo haber hojeado todos aquellos folletos. Imagino que eran de escuelas privadas, pero no estoy seguro. Al final me enviaron a un internado estatal en Suffolk. A mi madre no le hacía ninguna gracia, pero no lo manifestó.

Hamilton: Debió de ser extraño, marcharse.

McEwan: Lo fue. Recuerdo la partida. El despegue en un DC3 desde un pequeño aeródromo militar. Recuerdo estar sentado junto a dos señoras mayores. Yo me encon-

1. Tanto Biggles como el capitán Lorrington «Gimlet» King son personajes creados por el autor británico W. E. Johns. Estas dos series de obras, publicadas poco antes de la Segunda Guerra Mundial y durante los años cuarenta, son relatos de aventuras militares y de exploración. (*N. de la T.*)

2. William George Bunter (conocido como Billy Bunter) es un niño creado por Charles Hamilton con el seudónimo de Frank Richards. Aparece en historias ambientadas en la Escuela Greyfriars, que se publicaron en el semanario infantil *The Magnet* entre 1908 y 1940. (*N. de la T.*)

traba junto a la ventanilla, llorando a moco tendido, y ellas empezaron a llorar a moco tendido también. Luego miré por la ventana y comprobé horrorizado que mi madre, que estaba de pie sobre la arena a unos cincuenta metros de allí, también lloraba. Creo que fue en aquel momento cuando comencé a darme cuenta de que aquello iba en serio, que no era simplemente una aventura de Jennings. Quiero decir, que me iba de casa de verdad.

Hamilton: Y la escuela, ¿cómo era?

McEwan: Bueno, era una escuela un tanto especial —es un lugar llamado Woolverstone Hall—, en el sentido de que, aunque la mayoría de los alumnos eran niños inteligentes de clase obrera londinense, se gestionaba como si se tratara de una escuela privada de categoría menor. Aunque estoy seguro de que era más liberal que la mayoría de las escuelas privadas de aquella época.

Hamilton: Imagino que todo chicos, ¿no? ¿Y todos ellos, de un modo u otro, obsesionados con el sexo?

McEwan: Sí, y eso supuso una conmoción para mí. Aunque, al principio, yo era tan inocente que ni siquiera me daba cuenta, o si me daba cuenta me parecía que nada de eso iba conmigo. Creo que sólo después de estar allí un par de trimestres empecé a comprender vagamente qué querían decir cuando hablaban de «meneársela». Incluso entonces meneármela no era algo que yo imaginase que llegaría a hacer algún día. Es curioso, pero recuerdo entre los doce y, digamos, los dieciséis o diecisiete años como un tiempo *vacío*; teníamos mucho tiempo libre y yo casi siempre simplemente me sentía perdido.

Hamilton: ¿Era usted estudioso?

McEwan: No, era un alumno muy mediocre, o al menos lo fui durante este periodo intermedio al que acabo de referirme. Normalmente ocupaba el puesto número veintiséis de treinta o treinta y uno. En realidad, me ignoraban.

Recuerdo que algunos alumnos recibían atención especial por parte de ciertos profesores (que eran, presumiblemente, pederastas). Nunca sodomizaron a los niños, pero se ocupaban mucho de ellos. Yo siempre fui un niño pálido, muy callado, extremadamente tímido, al que ni los profesores ni los abusos de la clase prestaban atención. Había víctimas mucho más evidentes. Había niños delgados, o gordos, o que eran unos chuletas, y de algún modo a mí siempre me pasaban por alto. Pero, igual que me salvé del acoso escolar, me faltó orientación por parte de los profesores. Casi todos tenían grandes dificultades para recordar mi nombre. Siempre me confundían con algún otro chico que se parecía un poco a mí.

Hamilton: ¿Todo eso le ofendía?

McEwan: No, en absoluto. Yo sólo pretendía sobrevivir. No quería que me pegasen. No puedo decir nada más acerca de este periodo de mi adolescencia. Creo que hasta que tuve dieciséis o diecisiete años no empezaron a pasar cosas. Entonces eclosionaron las hormonas. Me volví extremadamente competitivo y empecé a leer libros y a destacar en todo lo que emprendía. Y, de pronto, los profesores empezaron a fijarse en mí, y comencé a ganar premios. También trabé estrechas amistades con otros chicos. Como en la escuela no había ni una sola chica, uno acababa por mirar a los niños más pequeños con ojos apasionados. Eso me robaba bastante tiempo.

Hamilton: ¿Qué leía usted en aquella época?

McEwan: Oh, cualquier cosa que fuese noble, superior y trágica. Me enamoré del campo y leí *El preludio*. Leí a Keats, Shelley y, puesto que estábamos en Suffolk, a George Crabbe. De repente la vida era excitante. Eso sucedía hacia 1965 y a base de escaparme a los pubs descubrí lo divertido que era hacer cosas que la gente consideraba reprobables. Empecé a escribir poemas, poemas que imitaban

los *Sonetos* de Shakespeare, supongo que a causa de la faceta pedófila. Escribía poemas que contenían, deletreados, los nombres de niños pequeños.

Hamilton: Arriesgado. ¿Alguien logró descifrarlos?

McEwan: Bueno, de hecho mucho tiempo después descubrí que uno de esos niños pequeños había escrito una carta a mis padres en la que decía que yo era un tipo malvado. Por suerte mi madre la interceptó antes de que pudiese verla mi padre, pero sin duda eso la hizo muy infeliz de un modo que no era capaz ni siquiera de confesarme. Lo mencionó un año más tarde, cuando yo ya había llevado a la primera chica a casa. Se sintió inmensamente aliviada. Yo siempre me había preguntado por qué mis amistades femeninas recibían un trato tan especial por su parte, casi las agasajaba. Es decir, en aquella época había pocas madres que se asegurasen de que disponías de una cama de matrimonio cuando una chica se quedaba a dormir. Era simplemente porque pensaba que iba camino de convertirme en un gay desenfrenado.

Hamilton: ¿En qué medida influyó el ambiente de los *swinging sixties* en la vida escolar? En la época de su eclosión hormonal, todo aquello estaba en plena ebullición, imagino.

McEwan: Ni siquiera nos dábamos cuenta de que eso estaba sucediendo. En sexto curso nos dedicábamos a escribir largos y solemnes artículos en la revista de la escuela sobre la legitimidad de las relaciones homosexuales y la necesidad de que nadie llevase uniforme, de que el poder se repartiese y los estudiantes pudiesen tomar sus propias decisiones. Pero no teníamos ni idea de *por qué* pensábamos así.